



ÁBRETE (“ephata”) MIRANDO HACIA ADELANTE: FRENTE A LA ASAMBLEA PROVINCIAL

*“Sal de tu tierra, de la casa de tu padre,
a la tierra que te mostraré” (Gen 12,1)*

La fuerza de este texto, conocido como la vocación de Abraham, no está en el pasado (ni se menciona). Tampoco está en el presente (de hecho, Dios le pide a Abraham que abandone su realidad presente). La fuerza de este texto está en el futuro. Éste no es nada claro porque el texto no asegura nada concreto a Abraham. Se trata sólo de una promesa genérica...

Las Asambleas son momentos para hablar del presente de la Compañía, de la Provincia o de la comunidad, pero con la mirada puesta en el futuro y, evidentemente, teniendo muy en cuenta el pasado. Creo que esta triple actitud se puede concretar en una fórmula ya acuñada y bien consolidada en la Iglesia: **“fidelidad creativa”**. El mismo tema de la Asamblea (Ephatà) os invita a abrirnos al presente y al futuro.

En esta primera reflexión, quiero recordaros algunos principios necesarios para tener la apertura que se os pide en estos momentos de Asamblea:

i. La institución al servicio del carisma

Quiero comenzar con una historia atribuida al filósofo Kierkegaard: *“Un viajero europeo, visitando China, conoció a una hermosa muchacha china, de la cual se enamoró profundamente. Como él no sabía chino, regresó a su país, comenzó a estudiar chino con el fin de profundizar la relación con su amada. Después de mucho estudio, aprendió bien la lengua china; él escribía a su novia y ella le contestaba feliz. Entusiasmado, el hombre continuó sus estudios y llegó a ser un gran experto en la lengua y la cultura china; pasó a dar clases, cursos y conferencias en varios países. Demasiado ocupado con sus estudios, viajes y compromisos, no le quedaba tiempo para escribir a su amada, así que poco a poco fue olvidándola. Después de muchos años, aquel hombre, famoso y rico, no se sentía feliz. Con tantas actividades y compromisos, se hizo secundario en su vida el motivo principal de sus estudios y esfuerzos para aprender la lengua china”*.



Esta historia nos advierte que es de sabios vigilar las instituciones para que éstas siempre estén al servicio del carisma y no pierdan nunca el fin para el que fueron fundadas. Las instituciones con una larga historia, como la Compañía de las Hijas de la Caridad y la Congregación de la Misión, han experimentado adherencias, costumbres e incluso desviaciones que es preciso detectar y corregir, tal como propuso ya el decreto *Perfectae caritatis* hace ya más de 50 años con su consigna de “*volver a las fuentes*”. Este tiempo de Asambleas puede servir para cuidar las instituciones, para refrescar el carisma y, a nivel personal, para “*volver al amor primero*”, en expresión del libro del Apocalipsis.

El sociólogo Max Weber ha estudiado la historia de las instituciones y ha concluido que ellas son como los seres vivos: nacen con mucha fuerza, durante bastantes años se mantienen con vigor y fidelidad, pero llega un momento en que comienzan a declinar, a perder fuerza. Y, si no se renuevan, terminan por morir. Un teólogo-sociólogo brasileño, Raimundo Barros, siguiendo la reflexión de Max Weber, se ha atrevido a fijar los síntomas para saber si una institución religiosa necesita renovación. He aquí algunos de los síntomas apuntados por él:

- Cuando se mira más hacia atrás que hacia delante. Entiéndase bien las cosas: mirar hacia atrás es necesario porque el pasado es la cuna del carisma, y éste debe ser siempre un punto luminoso para el presente y para el futuro. Ahora bien, una cosa es mirar hacia atrás para discernir el camino correcto en el presente, y otra muy distinta es quedarse encerrado nostálgicamente en el pasado y evitar, así, enfrentar los tiempos actuales, que son complicados y difíciles.
- Las oportunidades son vistas como problemas y no como ocasiones para crecer. Incluso las situaciones de “crisis” pueden convertirse en verdaderos “*kairos*”. Y esto vale tanto para las personas como para las instituciones. La cuestión decisiva está en cómo afrontar las crisis, las realidades y los problemas. Se pueden afrontar como lo hace un anciano, con poca energía para transformarlo todo en crecimiento, o con una actitud joven y esperanzada del que, siempre encuentra un camino de esperanza, a pesar de las dificultades y problemas.
- Se da una preocupación excesiva a todo lo relacionado con lo económico y a los temas jurídicos en detrimento de los aspectos



carismáticos. Esto es tanto como buscar seguridades descuidando, en esa misma proporción, la dimensión profética propia del carisma.

- Las estructuras se vuelven rígidas, a la vez que resulta difícil cambiarlas o mejorarlas.
- Se emplea mucho tiempo y muchas reuniones para llegar a pocas decisiones. Eso quiere decir que la institución ha perdido la agilidad de la juventud. Comparemos el número de reuniones que tenemos hoy con las que tenían en tiempos de San Vicente ¿Funcionan mejor hoy las cosas?
- La relación afectiva entre sus miembros no es demasiado intensa porque predomina, más bien, una actitud individualista.
- El grado de satisfacción personal de los miembros, en el ejercicio de su servicio, resulta más bien bajo..., etc.

Vuestra Compañía (como nuestra Congregación) tienen suficientes años como para haber caído en una cierta rutina y, seguramente, necesitan una sacudida para volver “*al amor primero*”, en referencia al libro del Apocalipsis. Puede ser muy conveniente volver a extraer, otra vez más, la luz y la energía que encierran los episodios de Folleville y Châtillon.

Les recuerdo que el carisma no puede existir sin el soporte de la institución. Ahora bien, la institución tiene que dejarse moldear e interrogar por el carisma. De lo contrario, la institución envejece, se vuelve rígida y deja de ser significativa.

2. Un criterio que hará avanzar a la Compañía será la orientación del decreto *Perfectae Caritatis 2*, hoy en plena actualidad: “*Adaptación a las condiciones cambiantes de los tiempos*”

En parte, la Compañía ha recogido esta orientación de la Iglesia en la Constitución 25 c, cuando se habla de la inculturación a las diferentes culturas. La Compañía no podrá llevar a cabo su vocación misionera si no es capaz de situarse correctamente en el mundo en el que le toca vivir. ¿Qué supone “*adaptarse a las condiciones cambiantes de los tiempos*” a que nos urge el decreto *Perfectae caritatis 2*?



Supone, por ejemplo, sentirse adaptado a nuestro mundo donde tenemos que vivir y trabajar, a pesar de todos los problemas de desigualdad y de violencia que tiene. También hay valores que conviene resaltar, como lo hizo Juan Pablo II en *Redemptoris missio*, 86: pacifismo, feminismo, ecologismo, interés por el tercer y cuarto mundo...Nuestro mundo tiene capacidades casi ilimitadas de creatividad y de técnica. Es necesario sentirse cómodos en él porque, de esa manera, nos sentiremos parte de él, y no personas extrañas al mundo. La secularidad facilita a las Hijas de la Caridad, el que ellas puedan sentirse bien adaptadas y parte activa del mundo, no para hacerse como la gente, sino para transformar el mundo, siendo como dice Jesús en su Evangelio, “*levadura en medio de la masa*”. Sólo sintiéndose a gusto y adaptados a este mundo, caminaremos al lado de los pobres de hoy, compartiendo con ellos, como dice el Concilio, las luces y las sombras, las alegrías y las penas (cf. GS 1). No somos proyecto sagrado al margen de la gente, sino proyecto humano que anhela ser sagrado, sin dejar de ser humano.

Adaptarse a las condiciones cambiantes de nuestro tiempo puede significar también asumir el creciente pluralismo de la sociedad y de la Iglesia, y sentirse cómodos en él: “*Somos testigos de un pluralismo creciente, que es un proceso irreversible*”, declaró el Congreso de Roma de 2004 sobre la vida consagrada. El pluralismo no supone ninguna amenaza contra nuestra identidad. Al contrario, es una riqueza y una ocasión para promover “*una espiritualidad de comunión*” (VC 51). La Asamblea general de 2015 invitó a toda la Compañía a “*valorar nuestras diferencias como riquezas*” (p. 20). Ya no se puede mirar con desconfianza la impresionante diversidad que hoy existe en toda la sociedad, sobre todo, en las sociedades europeas y americana. Los fenómenos migratorios y la realidad plural de la modernidad nos exigen que aprendamos a convivir y a escucharnos, a compartir y a aceptarnos en nuestras diferencias. Tal vez, haga falta una actitud nueva de humildad y de respeto, de apertura a la verdad que está, sin duda, repartida y que nadie puede capitalizar. La verdad es de todos y todos la poseen de alguna manera. Nadie somos poseedores absolutos de la verdad, sino de una parcela de ella. En nuestros días cada vez resulta más importante el diálogo como instrumento para comunicar nuestra verdad y para recibir la verdad de los otros.

A nivel institucional, adaptarse a las condiciones cambiantes de los tiempos lleva consigo no caer en la tentación de conservar por encima de



todo, como si se tratara de un valor absoluto. Habrá que conservar los edificios y las estructuras que sean necesarias; y las que no sean necesarias, no. Éste es uno de los criterios que guía la revisión de obras que se está haciendo en casi todas las Provincias, que estuvo urgido en el documento de la Asamblea general 2009 y que está también en el del 2015 (pp. 12-13). Hay que conservar las tradiciones y costumbres que favorezcan la vivencia de la vocación y la identidad. Las otras, no. Evidentemente, toda decisión de este tipo supone un discernimiento serio; pero realizado éste, después tienen que venir las decisiones. El Congreso de Roma de 2004, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*, invita a la vida consagrada a “*hacer las estructuras más ágiles y más simples*”. Seguramente el Congreso de Roma pensaba en la significatividad profética de la vida consagrada al hacer esta afirmación.

3. La Compañía se fortalece cuando “sale”. Vicente visualizó la “salida” de la Compañía como un “ir y venir” hacia el pobre. El Papa Francisco propone a toda la Iglesia que se ponga en salida, que abandone el criterio pastoral del “*siempre se ha hecho así*” y que lleve a cabo la evangelización con creatividad (cf. EG 20-33). La dinámica bíblica de ponerse en estado de éxodo, muy presente también en el pensamiento de San Vicente, posibilita la acogida del Espíritu, hace real la disponibilidad y facilita la creatividad en nuevas formas de servicio y evangelización a los pobres.

“Salir” desde el punto de vista teológico y vicenciano significa desplazarse hacia donde están los pobres real o intencionalmente al menos. Significa también despojarse de costumbres, esquemas e ideas que no se armonizan bien con las exigencias de la Encarnación. Pero todo ello no se puede hacer sino desde el descentramiento y la desinstalación. No es fácil este cambio porque nosotros somos personas del centro, económicamente y socialmente hablando, seamos conscientes o no de ello. Por otra parte, el contexto socio-cultural actual de consumismo y de individualismo tampoco nos ayuda a ello. Sin embargo, es necesario, individual y colectivamente, salir de nuestras “*zonas de confort*”, es decir, de todas aquellas acciones, pensamientos y comportamientos que dan seguridad y comodidad, pero que bloquean y nos impiden crecer. El carisma vicenciano encierra en sus entrañas capacidad de generar nuevo entusiasmo al posibilitarnos un mayor acercamiento a Jesucristo descentrado de sí y amigo de los excluidos.



Permitidme ampliar un poco más este punto de salir de las “zonas de confort” porque conecta de lleno con el tema de la Asamblea que nos pide *“franquear la puerta..., ir hacia..., encontrarse”*. El Papa se refiere a esa zona de confort con una expresión que utiliza en *Evangelii Gaudium* para decir lo que no es salir de la zona de confort, y que todos nosotros hemos escuchado mil veces: *“siempre se ha hecho así”*. Con esta expresión, se canoniza la rutina, la inercia, se blindan las zonas de confort.

¿Por qué el ser humano se resiste a dejar la zona de confort, a pesar incluso de estar sufriendo en ella? En la zona de confort, uno se siente seguro porque tiene la sensación de controlar las cosas. Salir de esa zona da miedo porque se tiene la sensación de quedarse sin apoyos concretos. Ahora bien, en la zona de confort, no hay crecimiento, no hay evolución, ni siquiera hay seguridad porque todo está cambiando constantemente. Cuando se sale de la zona de confort, no queda más remedio que explorar, abrir nuevos caminos, poner en marcha las propias capacidades (personales y comunitarias), intensificar su fe en Dios. Hay crecimiento porque hay búsqueda. Y para nosotros, la fe nos puede ayudar mucho a sentirnos seguros en la inseguridad.

Para el Papa Francisco, buscar la comodidad es lo mismo que instalarse en la “zona de confort”, actitud completamente contraria al sentido que para él tiene la “salida”, la “disponibilidad” o la “conversión misionera”. Buscar la comodidad como estilo de vida o instalarse en la “zona de confort” para el Papa es sinónimo a un *“lento suicidio”* (EG 272). Y lo describe de esta manera: *“¿Para qué me voy a privar de mis comodidades y placeres si no voy a ver ningún resultado importante? Con esta actitud se vuelve imposible ser evangelizador. Es una excusa para encerrarse en la comodidad, la flojera, la tristeza insatisfecha... Es una actitud debilitadora, autodestructiva”* (EG 275).

Seguramente el Papa está apuntando una situación que se está dando en la Vida Consagrada: el excesivo cuidado personal está haciendo surgir un tipo de comunidad apática y poco insensible a los proyectos de servicio y evangelización. Cuando se está demasiado atento a uno mismo, es lógico que la atención a los otros decrezca. La comunidad, en estos casos, fácilmente se convierte en una residencia donde cada uno se atiene a su trabajo (sin preguntarse si es profético o no) y donde se busca preservar con celo el tiempo personal, donde interesa mucho más la propia supervivencia que la audacia y la creatividad.



Comparemos lo que dice el Papa Francisco sobre la comodidad y la zona de confort, con lo que dijo San Vicente el 6 de diciembre de 1658. El texto no tiene desperdicio. Es más expresivo que un video de Youtube. Fijense en el lenguaje no verbal, tan expresivo como el otro: “¿Y quiénes serán los que intenten disuadirnos de estos bienes que hemos comenzado? Serán espíritus libertinos, libertinos, libertinos, que sólo piensan en divertirse y, con tal que haya de comer, no se preocupan de nada más. ¿Quiénes más? Serán... Más vale que no lo diga. Serán gentes comodonas (y decía esto cruzando los brazos, imitando a los perezosos), personas que no viven más que en una pequeña circunferencia en la que se encierran como en un punto de ella y, si se acercan para verla, enseguida se vuelven a su centro, lo mismo que los caracoles a su concha.

Nota que, al decir esto, hacía ciertos gestos con las manos y con la cabeza, con cierta inflexión de la voz un poco despreciativa, de manera que con esos movimientos expresaba mejor que con sus palabras lo que quería decir.

Y recogiendo luego, se dijo a sí mismo: ¡Miserable de ti, que eres un viejo parecido a todos esos! Las cosas pequeñas te parecen grandes y las dificultades te encogen. Sí, Padres, hasta el levantarme por la mañana me parece insoportable y las menores molestias me parecen insuperables. Serán espíritus raquíticos, gentes como yo, las que quieran separar a la Compañía de sus prácticas y ocupaciones. Entreguémonos a Dios, hermanos, para que Él nos conceda la gracia...” (XI, 397-398).

4. El discernimiento como garantía de vitalidad carismática.

Nuestro mundo y nuestra Iglesia están marcados por un amplio pluralismo de tendencias, de líneas pastorales, de subrayados teológicos que piden de nosotros una capacidad de discernimiento cuando nuestro carisma entra en contacto con toda esa pluralidad. Por ejemplo, hoy se habla mucho de nuevas pobrezas con una comprensión muy amplia del pobre. Valga, como ejemplo, este texto de *Nuovo Millennio Ineunte*, nº 50: “El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobrezas, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social...” El documento de *Aparecida*, nº 405, añade: “No podemos olvidar que la mayor pobreza es la de no reconocer la presencia del misterio de Dios y de su amor en la vida del hombre...”.



Los vicencianos debemos estar vigilantes ante este alargamiento del término pobre porque, al final, la categoría pobre termina difuminando su sentido. Son tantas y tan diversificadas las nuevas formas de pobres que, prácticamente, todas las personas entran en una categoría o en otra. Ante este panorama eclesial tan plural y que con tanta delicadeza se describen a los diferentes pobres que existen en nuestro mundo, la Compañía ha de mantener la convicción de que su herencia carismática son los pobres más abandonados, aquellos que están excluidos de las condiciones básicas de la vida (cf. XI, 273, C II b, C 25 a). La pérdida de esta referencia fundamental diluye y oscurece la vitalidad del carisma. Y por la misma lógica, la Compañía se fortalece, carismáticamente hablando, cuando su preocupación y su ocupación van encaminados directamente al mundo de los que carecen de todo.

En efecto, el saber que se está cumpliendo el querer de Dios porque la Compañía se deja llevar por su fino olfato de discernimiento hacia los más pobres, en sintonía con el querer de San Vicente, dota a las Hermanas y, a través de ellas, a la institución, de una energía y de un gozo especial, que no puede proceder de otra fuente sino del Espíritu Santo, que tiene como misión mover a los que entran dentro de su radio de acción. Se discierne para crecer en la “fidelidad creativa”; y ésta hace más fácil el discernimiento. Así se entra en la dinámica de un proceso de vida y de plenitud.

5. La fuerza de la mística vicenciana. Necesaria para mirar hacia adelante con firmeza y para vivir la “fidelidad creativa”

a) Es nuestra gran fuente de energía, como para Jesucristo lo fue el sentir la cercanía constante de su Padre y saber que estaba cumpliendo la voluntad de Dios (“*Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre*”). Por lo tanto, la “mística” de Jesús era su Padre, su cercanía y familiaridad con Él (“*El Padre y yo somos uno*”; “*Te doy gracias, Señor, porque has escondido...*”) y el saber que estaba cumpliendo su voluntad (“*Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre*”). A su vez, Jesús se convirtió en mística-energía para sus apóstoles-discípulos, especialmente después de la Resurrección (“*Los caminantes de Emaús...*”)

b) Vicente de Paúl concreta esta mística para las Hijas de la Caridad en esta frase que repite con frecuencia: “*Diez veces al día irá una Hermana a ver a los enfermos, y diez veces al día encontrará en ellos a Dios*” (IX, 240). Seguramente esta expresión nos está mostrando a un Vicente práctico, con los pies bien asentados sobre la tierra y acostumbrado a reflexionar

sobre sus propias vivencias. Creo que la película de Jean Arnouilh sobre *Monsieur Vincent* nos acerca a esa posible experiencia del pobre que vivió San Vicente, y que le llevó a repetir, con tanta fuerza y con tanto convencimiento, la frase arriba citada. En un momento determinado de la película, la cámara se detiene durante unos largos segundos sobre los ojos de San Vicente. Es un primer plano. Su mirada se mantiene fija, perdida, sin centrarse en ningún punto concreto. Sus manos están recogidas. Todo apunta a que está muy centrado en algún pensamiento o en alguna vivencia interior. De pronto, sus labios se abren suavemente y a duras penas se entiende esta frase: *“Perdón, Señor, perdón, no sabía nada; no sabía nada”*. Para nosotros, éstas no son palabras misteriosas. Sabemos muy bien que Vicente de Paúl acaba de hacer el gran descubrimiento que transformó su vida. Ahora ha entendido, con mucha profundidad y con mucha claridad, el capítulo 25 de Mateo: *“Cada vez que hicisteis esto a uno de mis pequeños, a mí me lo hicisteis”*.

Por supuesto, Vicente conocía este pasaje y lo había meditado muchas veces, pero es en estos momentos cuando se le hace especialmente luminoso, con una profundidad y un sentido totalmente nuevos. Esta es una experiencia que seguramente también nos ha ocurrido a nosotros alguna vez: un pasaje evangélico o un salmo, que has leído muchas veces, de pronto se llena de sentido y, sin saber por qué, comienzas a entenderlo con mucha más profundidad. Algo de esto debió ocurrirle a San Vicente con Mt 25. Fue un rayo que cayó directamente sobre él, y que comenzó a ver la vida de otra manera diferente. Si Jesucristo se identifica con los pobres, eso quiere decir que en el servicio a ellos y en el trabajo con ellos, uno puede encontrarse con Dios. Así reflexionó Vicente. Y esta sencilla conclusión le llevó a iniciar en la Iglesia una espiritualidad integradora entre la acción y la contemplación. La expresó en la frase que hemos transcrito antes: *“Diez veces al día irá una Hermana a ver a los enfermos, y diez veces al día encontrará en ellos a Dios”* (IX, 240).

c) ¿Por qué es importante esta mística, esta energía mística, para evangelizar y servir? Porque el servicio al pobre no se puede entender ni vivir si no es desde la fe, desde la sacramentalidad del pobre. Este convencimiento es muy necesario en una sociedad horizontalista en la que se valora solamente la eficacia. Si la Hija de la Caridad no vive y actúa desde el descubrimiento de Cristo en la persona del pobre, caerá en el peligro de convertirse en una mera voluntaria social, vaciará de sentido su modo de vida evangélico-vicenciano, perderá su significatividad profética.



Por algo insistía tanto Vicente en una fórmula que todas las Hijas de la Caridad saben de memoria, y que es una de las claves para comprender su identidad: *“Hay que darse a Dios para amar a Jesucristo y servirle en la persona de los pobres”* (IX, 533). Todas las conferencias del Fundador están llenas de recomendaciones, expresiones e insistencias como la cita que acabamos de presentar. Las Constituciones recogen bien esta espiritualidad con fórmulas modernas, pero que responden a la intuición genial de Vicente. Por ejemplo, la C 21 b asegura a las Hijas de la Caridad que *“cuando las necesidades urgentes del prójimo lo requieran, tienen que saber dejar a Dios contemplado en la oración, para volver a encontrarlo en el pobre”*.

d) Conviene insistir en esa mística del servicio o en esta contemplación en la acción, porque la experiencia de la evangelización y del servicio nos dicen que, sin esas convicciones y motivaciones, las Hijas de la Caridad terminan desmotivándose vocacionalmente. Cuando al servicio se le despoja de esta mística, hay Hermanas que llegan a la conclusión de que el servicio que llevan a cabo pueden realizarlo fuera de la Compañía. Otras, por el contrario, pueden caer en un activismo desenfrenado o en un profesionalismo que va secando otras dimensiones de su vocación.

e) Efecto de la mística vicenciana. Termino presentando un efecto de la mística vicenciana: cuando se evangeliza o se sirve al pobre desde la mística vicenciana, es decir, con consciencia, inevitablemente uno queda lleno de gozo, de confianza, de ánimo, de alegría, aún en medio del cansancio y las preocupaciones lógicas que preceden a cualquier trabajo o servicio. La razón es bastante obvia: el encuentro con Dios en el pobre produce los sentimientos que acabamos de señalar. Algo de esto debió suceder a Pablo cuando, en medio de persecuciones, palizas y peligros de muerte, se atreve a decir: *“Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?... Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios”* (Rm 8, 35-39). Y en Filipenses recomendaba insistentemente *“estad alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres”* (Filp 4,4). Cabe hacer la siguiente reflexión: si en el servicio y en la evangelización (las que sean) una Hija de la Caridad no vive con gozo, con confianza, con alegría, de forma habitual, pregúntese cómo está realizando el servicio, si en él se está encontrando con el Señor y le reconoce como tal o, por el contrario, sólo se está encontrando con sus preocupaciones y fatigas.



Y una Hija de la Caridad que no esté gozosa en su servicio, ¿podrá ser una evangelizadora?, ¿podrá vivir su capacidad profética?

Si los pobres no perciben en las Hijas de la Caridad la alegría y el contento de haber entregado su vida al Señor, los pobres se sentirán servidos pero no misionados o evangelizados. “*Con alegría, las Hijas de la Caridad dan testimonio de Jesucristo*”, dice la Constitución 9. Lo mismo hay que decir a nivel comunitario. Se necesitan comunidades alegres, capaces de ser parábolas del Reino en medio de este mundo nuestro marcado por toda clase de violencias y de miedo.

Es posible que ni siquiera comunidades alegres en una Provincia, y Hermanas identificadas con su vocación, sean capaces de atraer nuevas vocaciones, dado el contexto cultural, social y religioso que estamos viviendo. Ahora bien, si una Provincia no tiene comunidades gozosas ni obras que cautiven, olvidémonos de las nuevas vocaciones.

P. Javier Álvarez, *Vicario general*